EL BAILE DE AGUEDAS

VEO que no queréis bailar conmigo
y hacéis muy bien. ¡Si hasta ahora
no hice más que pisaros, si hasta ahora
no moví al aire vuestro estos pies cojos!
Tú siempre tan bailón, corazón mío.
¡Métete en fiesta, pronto,
antes de que te quedes sin pareja!
¡Hoy no hay escuela! ¡Al río,
a lavarse primero,
que hay que estar limpios cuando llegue la hora!
¡Ya están ahí, ya vienen
por el raíl con sol de la esperanza
hombres de todo el mundo! ¡Ya se ponen
a dar fe de su empleo de alegría!
¿Quién no esperó la fiesta?
¿Quién los días del año
no los pasó guardando bien la ropa
para el día de hoy? Y ya ha llegado.
Cuánto manteo, cuánta media blanca,
cuánto refajo de lanilla, cuánto
corto calzón. ¡Bien a lo vivo, como
esa moza se pone su pañuelo,
poned el alma así, bien a lo vivo!
Ah, echo de menos ahora
aquellos tiempos en los que a sus fiestas

se unía el hombre, como el suero al queso.
Entonces sí que daban
su vida al sol, su aliento al aire; entonces
sí que eran encarnados en la tierra.
Para qué recordar. Estoy en medio
de la fiesta, y ya casi
cuaja la noche pronta de febrero.
¡Y aún sin bailar: yo solo!
¡Venid, bailad conmigo, que ya puedo
arrimar la cintura bien, que puedo
mover los pasos a vuestro aire hermoso!
¡Aguedas, aguedicas,
decidles que me dejen
bailar con ellos, que yo soy del pueblo,
soy un vecino más; decid a todos
que he esperado este día
toda la vida! ¡Oídlo!
Óyeme tú, que ahora
pasas al lado mío y un momento
sin darte cuenta miras a lo alto
y a tu corazón baja
el baile eterno de Aguedas del mundo;
óyeme tú, que sabes
que se acaba la fiesta y no la puedes
guardar en casa como un limpio apero
y se te va, y ya nunca...;
tú, que pisas la tierra
y aprietas tu pareja, y bailas, bailas.



CLAUDIO RODRÍGUEZ